

---

## TERCERA PARTE.

### CONDICIONES DE LA GRANDEZA

DE LA MUJER CATÓLICA.

---

§ I.—Las mujeres católicas de todas las épocas de la Iglesia han sido tan grandes porque han reunido á virtudes sublimes un conocimiento profundo de la religion.—Estado deplorable de la educacion que se da á las mujeres, en nuestros dias, respecto á la instruccion religiosa.—Injusticia con que se quejan de la frivolidad de las mujeres, supuesto que se les da una educacion frívola.—Necesidad de que la mujer tenga, en los tiempos presentes, una gran instruccion religiosa.—Ventajas de enseñarles el latin eclesiástico.—La lectura de los Padres de la Iglesia, y su importancia.—Sus traducciones.—La Europa, culpable de haber preferido las ventajas temporales á las ventajas espirituales, y castigada con la pérdida de las unas y de las otras.

La historia que acabamos de trazar *de las grandezas y de los méritos* de la mujer católica se resume, como cualquiera conocerá, en estas dos palabras: *fe* y *abnegacion*, que, como hicimos notar al principio, han formado todo el misterio de su vida y todas las maravillas de sus obras. Por la fe se ha hecho agradable á Dios, y por la abnegacion ha hecho la ventura y las delicias de los hombres. Mas una fe cualquiera, una abnegacion cualquiera, no son á propósito para producir tan preciosos resultados. La fe, que ha hecho á la mujer católica grande en presencia de Dios, ha sido una fe sólida, fundada en el conocimiento perfecto de la religion; la abnegacion, que la ha hecho útil á los hombres, ha tenido su origen en el espíritu de castidad. Explicaremos estas ideas para la edificacion particular de las mujeres, á fin de que sepan con qué condiciones pueden participar de los méritos, de las grandezas y de las glorias de la mujer católica de todas las épocas de la Iglesia, y hacerse *el*



*ministro de Dios para el bien* y el instrumento de la restauracion del Cristianismo, despues de las nuevas y terribles pruebas que, segun todas las apariencias, va á sufrir.

Ya hemos visto cuán viva, cuán ardiente y cuán firme fué la fe de la mujer mártir; pero, por la manera clara y precisa con que ella anunció las grandezas del dogma cristiano en presencia de los tiranos filósofos y de los filósofos tiranos, llenándolos de confusion, debemos habernos convencido de que su espíritu estaba ilustrado por un conocimiento profundo del Cristianismo, así como su corazón estaba abrasado de amor. En efecto, al abrazar esta religion divina procuraba la mujer, tanto como el hombre, y aún más que el hombre, profundizar en ella, *entrar en las potencias* del Señor Jesucristo, por medio de un estudio serio y una meditacion continua de sus misterios y de sus leyes. La historia de Santa Cecilia, que llevaba siempre en su pecho, verdadero santuario del pudor, el código augusto de los Evangelios, es la historia de todas las nobles vírgenes y de las sublimes matronas cristianas de aquella época, tan gloriosa para la religion de Jesucristo. Todas ellas hacian de este libro, de este tesoro de la sabiduría de Dios, oculto en la sencillez de la letra, el objeto de su lectura continua, de sus meditaciones y de sus delicias. Ellas lo sabian de memoria, ellas se penetraban de su espíritu y descubrian en él diariamente pensamientos más elevados, doctrinas más profundas, bellezas más encantadoras y consuelos más abundantes, y con el espíritu nutrido con esta ciencia del Verbo hecho carne, y con el corazón fortalecido con la gracia de su Sacramento, sufrían los tormentos más atroces y la muerte más cruel con aquel prodigio de constancia que formaba la admiracion y la desesperacion del paganismo y el triunfo de la verdadera religion.

¿De qué se compone el oficio que la Iglesia hace rezar á sus ministros? De trozos de los libros santos escogidos para cada dia y comentados por los Padres, de extractos de las actas de los mártires y de las vidas de los santos, de himnos, de antifonas, de salmos y de responsorios, en los que se repiten los mismos pensamientos bajo diversas formas. Esto es, como se ve, la oracion mezclada á la meditacion de los libros sagrados y de los ejemplos de los santos. Lo mismo puede decirse de la misa de cada dia: ésta se compone de versículos tomados de los salmos y de pasajes de los dos Testamen-

tos. Pues bien, esto es lo mismo que se hacia en la primitiva Iglesia; éstos son los ejercicios de piedad á los que los primeros cristianos, reunidos en las catacumbas, se entregaban durante una parte de la noche, y cuyo recuerdo y cuyo uso ha querido conservar y perpetuar la Iglesia.

Se principiaba, pues, por oír las lecciones de la Sabiduría divina y meditarlas, y se acababa por la comunión eucarística; se distribuía este alimento del alma despues de distribuir el alimento del entendimiento, y el *pan de la inteligencia* se administraba al mismo tiempo que el *pan de la vida*. Júzguese cuál debia ser la ciencia de la religion de aquellos hombres que hacian de la religion el objeto de su estudio de todos los instantes y de toda su vida. Pues bien, pudiendo emplear las mujeres más tiempo que los hombres en esta escuela, y asistiendo á ella con mayor deseo de instruirse, aprovechaban más que los hombres, y de ahí nacia su ciencia del Cristianismo á la altura de sus virtudes, y de ahí tambien su apostolado y las numerosas y admirables conversiones que ellas hacian en su familia y en su país.

En la época de los Padres hemos visto lo que eran las dos Melanias, las Albinas, las Marcelas, las Paulas, las Olimpiades y las Pulquerias, las mujeres de la escuela de San Jerónimo y de San Juan Crisóstomo. Las hemos visto combatir á los herejes, convertir á los filósofos, aconsejar á los Pontífices, instruir á los mismos Padres y ayudarles en la propagacion y en la defensa del Cristianismo. Pero esto consistia en que su fe era tan ilustrada como fervorosa; esto consistia en que ellas sabian los libros santos de memoria y comprendian los diferentes sentidos que encerraban. San Jerónimo, hablando de Santa Paula, nos dice que aquella gran matrona cristiana, sin embargo de que daba la más grande importancia al sentido histórico y literal del Código sagrado, porque este sentido es el fundamento de las verdades bíblicas, trabajaba con el mayor ardor en comprender el sentido espiritual profético y alegórico, y que en este último sentido encontraba ella una fuente de edificacion y el colmo de la ventura de su alma (1). Pues bien, las

(1) « Amabat historiam, et hoc veritatis fundamentum dicebat; magis tamen sequebatur intelligentiam spiritualement; et hoc culmine ædificationem animæ protegebat. » (*Epitaph. S. Paul.*)



otras grandes mujeres católicas de la misma época estudiaban de la misma manera los libros santos, y no limitándose á la letra, que mata, sino procurando comprender el espíritu, que vivifica, tenían una plena inteligencia de ellos, tanto como los hombres, y aún más que los hombres. También hemos oído afirmar á San Jerónimo que Santa Marcela era más sabia que él en la interpretación de la Escritura Santa. (Tomo I, 2.<sup>a</sup> parte, § xxiv.)

Del mismo modo, en la Edad Media, las Clotildes, las Margaritas, las Cunegondas, las Isabelas, las Eduvigis y todas aquellas santas reinas que fundaron las monarquías y las nacionalidades cristianas modernas, así como las Hildegardas, las Gertrúdis, las Brígidas y las Catalinas de Sena, conocían también, como verdaderos teólogos, las profundidades del dogma cristiano, poseían la ciencia del Evangelio, la teología mística, tanto como los hombres, y aún más que los hombres. La santa hermana de San Luis, aquella tierna madre de los pobres, era también un prodigio en la ciencia sagrada, así como en el conocimiento del latín, hasta el punto de enmendar muchas veces á los mismos teólogos y de corregir las faltas de gramática de su secretario. Esto consistía en que aquellas grandes cristianas empleaban en el estudio de los libros santos y de los Padres de la Iglesia el tiempo que la mujer llamada católica de nuestros días pierde en la lectura de las novelas, y que este estudio constituía su felicidad y sus delicias.

Pero de tres siglos á esta parte ha cambiado en este particular, y una de las mayores llagas de la sociedad moderna, que es necesario darse prisa á curar, es la profunda ignorancia de las mujeres en materia de religión. Nosotros hemos conocido á algunas señoras distinguidas por su talento, y aún por su práctica de la religión, que nos han confesado claramente « que no creían en la eternidad de las penas, porque no podían conciliar en su entendimiento este dogma con la bondad de Dios », y continuar llamándose cristianas católicas, á pesar de negar el dogma fundamental del Cristianismo y de toda religión. ¡Esto es, como se ve, el colmo de la ignorancia respecto á la religión, unido al colmo del orgullo y de la fatuidad! Y sin embargo, esta ignorancia y este orgullo, y cierto espíritu filosófico, que es su consecuencia necesaria, están más extendidos que se cree en las mujeres. En este supuesto, no debe extrañarse la ausencia de toda creencia y de toda práctica religiosa

en el seno de tantas familias llamadas católicas ó cristianas. En política todo se hace por los hombres; pero en religión, lo repetimos, todo se hace por las mujeres. Todo cuanto ellas han recibido en este particular lo comunican en torno suyo. Á una Mujer debió el mundo el Hombre-Dios; por las mujeres se propaga y se perpetúa el Cristianismo en el mundo. Pero ¿cómo podrá la mujer inspirar á otros la religión, de que ella no tiene más que ideas falsas ó incompletas, sentimientos débiles ó exagerados, ó que no conoce ni siente de modo alguno? ¡Ay! En París especialmente, la mujer bien educada habla bien, declama bien, sabe bien la literatura francesa y la historia, la mitología y las antigüedades romanas, la música, el baile, el dibujo y aún la historia natural. Lo que ella no sabe, ó no sabe bien, es el Catolicismo, es la religión. Lo decimos con un profundo sentimiento: la educación religiosa de las jóvenes, con muy raras excepciones, está tan descuidada como la de los mancebos; la educación de ciertos conventos es tan mundana como la de ciertos colegios.

Se quejan de que las mujeres son frívolas, pero ellas son lo que se les hace que sean. Su educación, mirada de cerca, nada tiene de sólida respecto á lo que más debían saber. Sólo se trata de formar mujeres instruidas y aún sabias, pero no formar mujeres sólidamente religiosas, de las que tanta necesidad tiene la época actual; en esto se piensa poco ó nada. Un poco de catecismo, que las jóvenes olvidan apenas lo acaban de aprender, y la lectura de algunos libros piadosos, á la altura del *Feligrés* ó del *Diario cristiano*, ved aquí á lo que se reduce toda la educación religiosa que se da en las familias cristianas, y aún en algunos conventos que se creen muy á propósito para esta educación. Las santas mujeres de los primeros siglos, de la época de los Padres y de la Edad Media, no eran frívolas; ellas eran, como hemos visto, unas grandes existencias, unas admirables figuras, tales, que no puede imaginarse cosa más sólida que ellas; pero también estaban instruidas de otra manera en la religión. La instrucción religiosa, sin la instrucción literaria, es mucho para la mujer; la instrucción literaria, sin la instrucción religiosa, no le sirve para nada, sino es para inspirarle mayor aprecio de sí misma, una vanidad mayor, y un deseo más vehemente de hacerse valer: sentimientos de que no tiene necesidad. Esto no es más que un nuevo peligro para su flaqueza y un



nuevo alimento para sus pasiones. Una mujer en quien la instruccion puramente literaria no está equilibrada con una instruccion religiosa muy sólida, y cuyo talento no está reducido á sus justos límites por los verdaderos principios y los verdaderos sentimientos cristianos, es una mujer temeraria, imprudente, ligera, frívola, orgullosa, y que sólo se hace notar por una gran pretension de que tiene talento, por un soberbio desprecio de las demas y por una necia idolatría de sí misma. Esta es una mujer con cuya sabiduría no se puede contar. Esto es la mayor desgracia de una casa; por ella entran en la casa la miseria y el desorden, en compañía de todos los escándalos y de todas las calamidades.

Por el contrario, la mujer que, no teniendo mucha instruccion mundana, tiene mucha instruccion religiosa, y que, por consiguiente, conoce las grandezas de la religion, se penetra de su espíritu y procura ponerle en práctica con las virtudes modestas de su estado; es una mujer humilde, sábia, discreta, previsora y consagrada enteramente á la verdadera felicidad de su esposo y de sus hijos; si ella no brilla mucho por las gracias de su talento, se hace respetar y admirar por la generosidad y la constancia de su afecto. Si ella no sabe bellas disertaciones acerca del bien, sabe practicarlo; y esto es todo cuanto esperan de ella Dios y los hombres, la familia y la sociedad. Una mujer semejante es el dón más rico y más precioso que Dios puede hacer á una familia; es el cimiento de la concordia entre sus miembros, es la fuente oculta de su riqueza, es el fundamento del orden que reina en ella, es la prenda de su ventura y de su prosperidad.

El sabio y celoso autor de la *Biblioteca de una mujer cristiana*, el abate Chassay, en el artículo de las *Pruebas del matrimonio*, dice: «La Francia presenta el admirable espectáculo de dos pueblos que viven bajo un mismo techo y con unos mismos intereses temporales, pero que no están de acuerdo en lo que tiene relacion con el destino del género humano. Es imposible negar la gravedad de las discusiones que separan ordinariamente á la mujer de su marido cuantas veces tratan del orden moral y religioso.» El abate Chassay hace en seguida una triste pintura del tormento que en su corazon debe experimentar una mujer cristiana unida á un marido escéptico, principalmente respecto á la educacion de sus hijos, á quienes la madre quisiera ver educar en los principios religiosos y á quienes

el padre quiere emancipar de las prácticas de lo que él llama una *hipocresía rancia*; y finalmente, el hábil Mentor de la *Mujer cristiana* le da los consejos más sabios y más importantes sobre los miramientos que debe tener respecto á las susceptibilidades antireligiosas de su esposo, y respecto al modo de conducirse en una situacion tan difícil y tan delicada, que es la misma en que se hallan las tres cuartas partes de las mujeres cristianas de nuestros dias. Todo esto está muy bien pensado y muy bien escrito; pero todo esto conduce á muy poco ó á nada si la mujer no está sólidamente instruida en la religion. El necio orgullo de nuestros filósofos incrédulos, encerrándose en una ciencia llamada filosófica, no puede ser neutralizado ni vencido sino por la ciencia verdadera del Cristianismo. Ellos no comprenden la virtud, y por consiguiente, no la aprecian, y aún le atribuyen las intenciones del vicio ó de las pasiones. La piedad es para ellos una supersticion, el celo por la religion es para ellos una especie de fanatismo, la abnegacion sin límites es para ellos una especie de vanidad ó de cálculo para prevenir ó vencer ciertas rivalidades; si ellos tienen algun miramiento, algun respeto ó alguna deferencia, es tan sólo por la ciencia. Por consiguiente, mientras que los esposos escépticos y los jóvenes filósofos no vean en sus esposas y en sus madres más que espíritus débiles, como ellos las llaman, espíritus cuya instruccion religiosa no pasa del pequeño catecismo; mientras que ellas no conozcan el Cristianismo de tal modo que puedan hacer ruborizarse á los que lo combatan en su presencia, haciéndoles conocer su grosera ignorancia y su frivolidad; mientras que ellas no sepan, cuando llegue el caso, las razones sólidas de las creencias que profesan y de las prácticas que siguen con una escrupulosa exactitud, el espectáculo de su conducta sin tacha podrá agrandar al egoismo de los hombres cuyo corazon está helado por el frio de la incredulidad, pero no los conmoverá; tendrán con ellas las consideraciones que exige la política, pero no les tendrán una verdadera estimacion; se compadecerán con desden de su ignorancia, excusarán su flaqueza, y se tendrán por dichosas cuando no se vean odiadas y despreciadas.

No sucedia esto en los primeros siglos de la Iglesia. La mujer cristiana, no sólo tenía el conocimiento histórico, el conocimiento racional, en cuanto es posible tenerlo, el conocimiento material del



Cristianismo, sino tambien el conocimiento de los hechos, el conocimiento de demostracion, el conocimiento científico de él; y por causa de este conocimiento de las verdades más sublimes, reducidas á la práctica por las más grandes virtudes, imponia ella á los filósofos del paganismo y al paganismo de los filósofos, los convencencia y los atraia á la verdadera religion, ó los confundia y los reducía al silencio cuando no conseguia convertirlos; y por esta predicacion doméstica de la mujer cristiana, cuyas doctrinas estaban apoyadas en sólidas razones y en virtuosos ejemplos, se estableció el Cristianismo, como hemos visto (tomo 1, 2.<sup>a</sup> parte, § v), en la familia, y se propagó en la sociedad.

Por un conjunto de causas funestas y de horribles circunstancias, muchos países, otras veces tan cristianos y tan católicos, se encuentran colocados casi (el abate Chassay nos lo acaba de decir de la Francia) en las mismas condiciones en que se encontraba la Roma pagana á la aparicion del Cristianismo. La mujer cristiana se encuentra en ellos rodeada de paganos de la peor especie, de paganos racionalistas, panteistas, filósofos ó indiferentes, de paganos que nada creen. Por consiguiente, en el dia de hoy es una necesidad excepcional, que algunos tristes acontecimientos han creado, es una necesidad de los tiempos presentes, que la mujer esté perfectamente instruida en la religion, á fin de que pueda restablecerla en la familia y asegurarla en la sociedad, porque ésta es su mision. El hombre no es más que lo que la mujer hace que sea, y la mujer de nuestros dias no puede hacer al hombre cristiano, á no ser que una á la práctica exacta del Cristianismo la ciencia completa de él.

¿Qué mal habria, por ejemplo, en hacer que el latin entrase en la instruccion que se da á las jóvenes? No hablo del latin que se llama clásico, sino del latin cristiano. De este modo se las pondria en estado de leer los Evangelios, los salmos, las oraciones de la liturgia, en la lengua latina de la Iglesia, mucho más atractiva que el latin pagano por su fondo, y mucho más fácil por su forma. Si se principiase á iniciarlas en el latin desde su más tierna edad, al mismo tiempo que se las enseña á leer y á escribir la lengua del país, sería mucho mejor; esto facilitaria y abreviaria mucho su enseñanza. Pero aún cuando no se las pusiese á este estudio sino más tarde, cualquiera jóven y aún cualquiera mujer que no es una idio-

ta y que ha aprendido la gramática de su propia lengua, en el término de diez meses (nosotros hemos hecho la experiencia) puede aprender el latin, con tal que se tenga el cuidado de ahorrarle el ingrato trabajo, completamente inútil para ella, de aprender (de otro modo que por rutina) la sintáxis latina.

De este modo se las pondria en estado de leer, en su lengua original, los escritos de los Padres de la Iglesia, de esos grandes hombres que pasaron toda su vida profundizando el Cristianismo con su entendimiento y realizándolo con sus acciones, ilustrándolo con la santidad de sus costumbres y explicándolo y defendiéndolo con el prodigio de su ciencia, con la fuerza de sus raciocinios y con el atractivo de su elocuencia. Se las pondria en estado de leer los cuatro grandes intérpretes de los Evangelios, San Jerónimo por San Mateo, el venerable Beda por San Márcos, San Ambrosio por San Lúcas, y San Agustin por San Juan, así como los importantes discursos de este último padre, *De tempore et de verbis Domini*, las cuarenta homilias de San Gregorio el Grande *in Evangelia*; los bellos sermones de San León, de San Pedro Crisólogo, de San Fulgencio, de San Máximo y de San Hilario de Arlés, y en fin, los escritos del último de los Padres de la Iglesia, del admirable y amable San Bernardo, cuya doctrina es tan pura, cuya ciencia sagrada es tan profunda, cuyo sentimiento es tan tierno, cuyo estilo es tan brillante y tan claro, y cuyo lenguaje es tan elegante y tan delicioso; de San Bernardo, esa sublime gloria de la Francia, el verdadero tipo del espíritu galo cristiano, y el padre y el fundador de la lengua y de la literatura francesa,

Sólo con alimentarse con estas lecturas tendria la mujer católica bastante para conocer el Cristianismo á fondo, para penetrarse de su espíritu, para enseñarlo á sus hijos y para defenderlo de los estúpidos ataques de la ignorancia orgullosa y de la temeridad insolente de los forjadores de nuevas religiones. En presencia de una mujer que conociese así al Cristianismo en sus principios, en la profundidad y en el esplendor de sus misterios y en la sublimidad de su armonía, y que lo pusiese en práctica con sus virtudes y su devocion, la incredulidad del colegio no se atreveria á manifestar su presuncion y su arrogancia. No causaria compasion, sino admiracion, una matrona cristiana de esta clase, y tendrian que rendirse á sus exhortaciones ó callar; y tanto más, cuanto que la ciencia



del Cristianismo, recibida en sus fuentes, en el Evangelio y en los escritos de los Padres, haria á la mujer cristiana mucho más humilde. La ciencia mundana, la semiciencia, es la que la hace vana y frívola, y le inspira esa presuncion en sus pretendidas luces, que, siendo insufrible en el hombre, es siempre ridícula en la mujer.

Y no hablemos de las traducciones de esos libros inmortales, como suficientes para los que no saben el latin; en primer lugar, es de tal naturaleza la lengua latina de los Evangelios, de la liturgia eclesiástica y de los Padres, que es imposible traducir en ninguna otra lengua su grandeza, su sencillez, su precision, su atractivo secreto, su encanto y su gracia. En segundo lugar, el Evangelio traducido, desnudo de todo comentario de los Padres, á quienes Dios envió expresamente para interpretarlo, es una carta cerrada cuya lectura no carece de peligro. Respecto á los Santos Padres, sólo se ha traducido un pequeño número de sus obras; y por otra parte, á excepcion de la *Ciudad de Dios*, de San Agustin, y del *Apológico*, de Tertuliano, sus obras más importantes se reducen á cartas y á pequeños tratados ascéticos. Y en cuanto á las obras de estos grandes hombres, en las que han expuesto la Escritura Santa en toda su riqueza y su magnificencia, y el dogma y la moral del Cristianismo en toda su grandeza y en toda su belleza, esas obras no han sido traducidas jamas en ninguna lengua vulgar; sólo se encuentran en el latin; y por consiguiente, esas fuentes puras y abundantes de la tradicion y de la verdadera ciencia cristiana, esas minas inagotables de sublimes pensamientos y de grandes doctrinas, son fuentes selladas, *Fons signatus (Cant.)*, inaccesibles á los que no entienden el latin.

Hasta el siglo xv, y aún hasta el siglo xvi, el conocimiento del latin (eclesiástico) era tan comun en Europa, que hasta se predicaba en latin, y todo el mundo lo entendia. No era, pues, necesario traducir en lengua vulgar la Escritura Santa, los libros de la liturgia ni las obras de los Padres, supuesto que cada cual podia leerlas, y las leia en efecto, en latin, que era la lengua de todas las personas bien educadas, y aún de las mujeres; la lengua de todo el mundo. Por otra parte, no habiéndose acabado de formar aún las lenguas vulgares, á excepcion de la lengua de Dante, no eran más que una especie de dialectos, en los que no se escribia casi nada, y

que sólo eran hablados por el *vulgo*, lo cual hizo que se les diese el nombre, que conservan, de *lenguas vulgares*. En este supuesto, no es extraño que no se pensase en traducir en dichas lenguas las obras de los Padres ni de los grandes comentadores de la Biblia.

Despues vino lo que se llamó *el renacimiento de las letras*, que no fué otra cosa en el fondo que el renacimiento del paganismo, porque las letras cristianas, lo mismo que las artes cristianas, habian nacido ya tres siglos ántes, á la sombra y bajo la proteccion de la verdadera ciencia cristiana; ellas iban creciendo, y nada hubieran perdido si se les hubiese dejado caminar por la senda de la originalidad cristiana, en vez de hacerlas retroceder y arrojar en la senda de la imitacion y del servilismo pagano. Pues bien, este pretendido *renacimiento*, esta restauracion bastarda, falsa y material, fundada sobre el principio y sobre el elemento pagano, fué funesta al principio y al elemento cristiano. Á medida que iba creciendo la mania por las producciones del genio pagano, iba disminuyéndose el gusto y el interes por las producciones del genio cristiano, acabando por desaparecer de todo punto. Se consideró el estudio de los Padres como propio y exclusivo del teólogo, en el que el simple fiel nada tenia que aprender. Se creyó que éste tendria bastante con el conocimiento del catecismo, bien superficial por cierto, y dedicándose decididamente al estudio de la mitología y de las antigfiedades paganas, sin obtener muchas veces más que el último lugar, el lugar de la tolerancia, de la compasion y del menosprecio. De ahí nació esa profunda ignorancia, esa ignorancia del Cristianismo, aún entre las personas instruidas y aún entre los mismos sabios, que en la actualidad es uno de los mayores escándalos de los países cristianos, y que, más bien que las pasiones, forma los incrédulos. Las obras de los Padres fueron relegadas á las bliotecas; se las excluyó enteramente de la educacion de la juventud cristiana; se dejó su lectura á los sacerdotes, que, á su vez, comenzaron á olvidarlas tambien y á no conocerlas, y se acabó por abandonarlas á la polilla y al polvo. Habiendo caido en tal descrédito y en tal olvido esas obras inmortales, esos monumentos preciosos, esos ricos archivos del Cristianismo, aún por aquellas personas que debian estimarlas más y hacer de ellas el objeto de sus meditaciones y de sus estudios, no es extraño que no se haya pensado en traducirlas, y mucho ménos en explicarlas y ponerlas al alcance de todo el



mundo. Así se inundó la Europa de traducciones y de comentarios de los autores paganos. No hay uno siquiera de esos autores, aún los más ineptos, aún los más frívolos y los más obscenos, que no haya tenido uno ó muchos traductores. Las traducciones de Virgilio y de Horacio, en prosa y en verso, en italiano y en frances, formarian por sí solas una vasta biblioteca. Notas, explicaciones, interpretaciones, glosas, nada ha faltado en ellas. Se ha comentado hasta la última palabra, hasta la última sílaba de ellas, con la escrupulosa exactitud de los comentadores de la Biblia, y que sería ridícula, si no fuese odiosa. Y esto se ha hecho, según se decía, por interés de la bella latinidad, que, con unos trabajos tan grandes y tan multiplicados, ni aún siquiera han tenido la suerte de conservar, porque nada es ménos conocido hoy que esa *bella latinidad*, aún cuando se haga pasar al hombre ocho años dedicado á este estudio: y entre los protectores más afectos y los panegiristas más fanáticos de la latinidad pagana, apenas se encuentra un corto número de ellos que se atreva á escribir en latin, por temor de que le apedreen. De modo que, dejando las cosas seguir su curso, *la bella latinidad* va á morir muy pronto, y no se ha de encontrar quien pueda formar en buen latin su epitafio.

Hablando San Agustin de los judíos, dijo: «Ellos temieron perder los bienes temporales, y por esto no quisieron reconocer á Jesucristo ó la vida eterna, y acabaron por perder la vida eterna y no conservaron sus bienes temporales.» Lo mismo ha sucedido á los pueblos de la Europa moderna. Engañados por unos maestros no tan malos como aturdidos, se han extasiado ante las bellezas y la elegancia de la latinidad pagana; ellos se han hecho fanáticos adoradores de ella; ellos han exigido que la juventud hiciese de ella su primer estudio, el primer alimento de su inteligencia, el primer estímulo de su corazón, y no han considerado que este estudio debía ahogar en los corazones de los jóvenes todo sentimiento piadoso, todo afecto á la verdadera devoción, todo interés y todo gusto por las cosas religiosas, para hacerse hombres del siglo presente, siendo así que el cristiano, como dice Tertuliano, es el hombre del siglo futuro. Ellos no han pensado siquiera que, por causa de este estudio, el espíritu de los jóvenes consagraria toda su estimación, toda su admiración y todo su entusiasmo á los hombres y á las cosas del paganismo, y por consiguiente, miraria con indiferencia

y con desprecio los hombres y las cosas del Cristianismo; ellos no han reflexionado que este estudio impediria que la religion fuese bien conocida, que echase profundas raíces en el alma, que la cautivase y la poseyese. Con la vista fija en las ventajas literarias de sus hijos, se han cuidado poco de sus ventajas religiosas; ellos han querido hacer de sus hijos grandes latinos, con peligro de hacerlos incrédulos; pues bien, por un justo castigo de Dios, los han hecho incrédulos y no han conseguido hacerlos grandes latinos; ellos han perdido el sentimiento y el gusto de la religion cristiana, y no han conservado el sentimiento y el gusto de la latinidad pagana. *Et sic utrumque amiserunt!* Esto es bastante para conocer la necesidad de dar á las mujeres una fe ilustrada por una instruccion sólida de la religion. Ahora diremos algo relativo al espíritu de castidad, que debe servir de base á su abnegacion.

§ II.—La mujer católica ha sido grande, en las diferentes épocas de la Iglesia, porque ha sido casta.—Pruebas de que la mujer no es caritativa sino en cuanto que es pura.—Al perder la mujer la castidad, pierde la sensibilidad.—La mujer extraviada no ama más que á su persona, y se hace cruel con todos los demas.—Herodiades, Teodora, Antonina, Fredegonda, Isabel de Inglaterra y Catalina de Rusia fueron unos monstruos de crueldad, porque fueron tambien unos monstruos de libertinaje.

El lector que ha recorrido la segunda parte de esta obra ha asistido á un grande y delicioso espectáculo: al espectáculo de la abnegacion absoluta, de la adhesion sublime de la mujer católica á la verdadera religion y á la felicidad de los demas. Tambien habrá podido observar que en todas las épocas del Catolicismo las mujeres que más se señalaron por los prodigios de su abnegacion se señalaron tambien por los prodigios de su pureza. Todas las santas mártires, ántes de consagrarse á la religion de Jesucristo, hasta derramar su sangre y hasta sufrir la muerte, se habian consagrado á ella por su renuncia del matrimonio ó por la observancia de la castidad más perfecta en el matrimonio mismo. Lo mismo puede decirse de las nobles vírgenes, de las ilustres matronas, de las admirables reinas, de las santas religiosas que en las épocas siguientes se consagraron con tanta generosidad á la obra de afirmar y propagar la religion y la piedad, y de proporcionar la felicidad de